

## CAPITULO XXXIX.

Cómo vino Domingo de Irala.

A 15 días del mes de hebrero vino á surgir á este pueblo de la Ascension Domingo de Irala, con los tres bergantines que llevó al descubrimiento del río del Paraguay; el cual salió en tierra á dar relacion al Gobernador de su descubrimiento; y dijo que desde 20 de octubre, que partió del puerto de la Ascension, hasta el de los Reyes, 6 días del mes de enero, había subido por el río del Paraguay arriba, contratando y tomando aviso de los indios naturales que están en la ribera del río hasta aquel dicho día; que había llegado á una tierra de una generacion de indios labradores y criadores de gallinas y patos, los cuales crian estos indios para defenderse con ellos de la importunidad y daño que les hacen los grillos, porque cuantas mantas tienen se las roen y comen; crianse estos grillos en la paja con que están cubiertas sus casas, y para guardar sus ropas tienen muchas tinajas, en las cuales meten sus mantas y cueros dentro, y tápanlas con unos tapaderos de barro, y de esta manera defienden sus ropas, porque de la cumbre de las casas caen muchos de ellos á buscar qué roer, y entonces dan los patos en ellos con tanta priesa, que se los comen todos; y esto hacen dos ó tres veces cada día que ellos salen á comer, que es hermosa cosa de ver la montanera con ellos; y estos indios habitan y tienen sus casas dentro de unas lagunas y cercados de otras; llámase cacocies chaneses; y que de los indios había tenido aviso que por la tierra era el camino para ir á las poblaciones de la tierra adentro; y que él había entrado tres jornadas, y que le había parecido la tierra muy buena, y que la relacion de dentro de ella le habían dado los indios; y allende de esto, en estos pueblos de los indios de esta tierra había grandes bastimentos, adonde se podían fornecer para poder hacer por allí la entrada de la tierra y conquista; y que había visto entre los indios muestra de oro y plata, y se habían ofrescido á le guiar y enseñar el camino, y que en todo su descubrimiento que había hecho por todo el río, no había hallado ni tenido nueva de tierra mas aparejada para hacer la entrada que determinaba hacer; y que teniéndola por tal, había entrado por la tierra adentro por aquella parte, que por haber llegado en el mismo día de los Reyes á ella, le había puesto por nombre el puerto de los Reyes, y dejaba los naturales de él con gran deseo de ver los españoles, y que el Gobernador fuese á los conocer; y luego como Domingo de Irala hobo dado la relacion al Gobernador de lo que había hallado y traía, mandó llamar y juntar á los religiosos y clérigos y á los oficiales de su majestad y á los capitanes; y estando juntos, les mandó leer la relacion que había traído Domingo de Irala, y les rogó que sobre ello hobiesen su acuerdo, y le diesen su parecer de lo que se había de hacer para descubrir aquella tierra, como convenia al servicio de Dios y de su majestad (como otra vez lo tenía pedido y rogado); porque así convenia al servicio de su majestad, pues tenían camino cierto descubierto, y era el mejor que hasta entonces habían hallado; y todos juntos, sin discrepar ninguno, dieron su parecer, diciendo que convenia mucho

al servicio de su majestad que con toda presteza se hiciese la entrada por el puerto de los Reyes, y que así convenia y lo daban por su parecer, y lo firmaban de sus nombres; y que luego sin dilacion ninguna se había de poner en efecto la entrada, pues la tierra era poblada de mantenimientos y otras cosas necesarias para el descubrimiento de ello. Vistos los pareceres de los religiosos, clérigos y capitanes, y conformándose con ellos el Gobernador, pareciéndole ser así cumplidero al servicio de su majestad, mandó aderezar y poner á punto los diez bergantines que él tenía hechos para el mismo descubrimiento, y mandó á los indios guaraníes que levandiesen los bastimentos que tenían, para cargar y fornecer de ellos los bergantines y canoas que estaban prestos para el viaje y descubrimiento, porque el fuego que había pasado antes le había quemado todos los bastimentos que él tenía, y por esto le fué forzado comprar de su hacienda á los indios los bastimentos, y él les dió á los indios muchos rescates por ellos, por no aguardar á que viniesen otros frutos, para despachar y proveer con toda brevedad; y para que mas brevemente se hiciese, y le trajesen los bastimentos sin que los indios viniesen cargados con ellos, envió al capitán Gonzalo de Mendoza con tres bergantines por el Paraguay arriba á la tierra y lugares de los indios sus amigos y vasallos de su majestad, que les tomase los bastimentos, y mandó que los pagase á los indios y les hiciese muy buenos tratamientos, y que les contentase con rescates, que llevaba mucha copia de ellos; y que mandase y apercebiese á las lenguas que habían de pagar á los indios los bastimentos, los tratasen bien, y no les hiciesen agravios y fuerzas, so pena que serian castigados; y que así lo guardasen y cumpliesen.

## CAPITULO XL.

De lo que escribió Gonzalo de Mendoza.

Dende á pocos días que Gonzalo de Mendoza se hubo partido con los tres navios escribió una carta al Gobernador, por la cual le hacia saber cómo él había llegado al puerto que dicen de Giguy, y había enviado por la tierra adentro á los lugares donde le habían de dar los bastimentos, y que muchos indios principales que le habían venido á ver y comenzado á traer los bastimentos; y que las lenguas habían venido huyendo á se recoger á los bergantines porque los habían querido matar los amigos y parientes de un indio que andaba alzado, y andaba alborotando la tierra contra los cristianos y contra los indios que eran nuestros amigos; que decían que no les diesen bastimentos, y que muchos indios principales que habían venido á pedirle ayuda y socorro para defender y amparar sus pueblos de dos indios principales, que se decían Guacani y Atabare, con todos sus parientes y valedores, y les hacían la guerra crudamente á fuego y á sangre, y les quemaban sus pueblos, y les corrían la tierra, diciendo que los matarían y destruirían si no se juntaban con ellos para matar y destruir y echar de la tierra á los cristianos; y que él andaba entreteniéndolo y temporizando con los indios hasta le hacer saber lo que pasaba, para que proveyese en ello lo que conviniese; porque allende de lo susodicho, los indios no le traían ni un bastimento,

por tenerlos tomados los contrarios los pasos; y los españoles que estaban en los navios padescian mucha hambre.

Y vista la carta de Gonzalo de Mendoza, mandó el Gobernador llamar á los frailes y clérigos y oficiales de su majestad y á los capitanes, los cuales fueron juntos, y les hizo leer la carta; y vista, les pidió que le diesen parecer lo que sobre ello les pareciese que se debía de hacer, conformándose con la instruccion de su majestad, la cual les fué leída en su presencia; y que conformándose con ella, le diesen su parecer de lo que debía de hacer y que mas conviniese al servicio de su majestad; los cuales dijeron que, pues los dichos indios hacían la guerra contra los cristianos y contra los naturales vasallos de su majestad, que su parecer de ellos era, y así lo daban, y dieron y firmaron de sus nombres, que debía mandar enviar gente de guerra contra ellos, y requerirles primero con la paz, aperciéndolos que se volviesen á la obediencia de su majestad; que si no lo quisiesen hacer, se lo requiriesen una, y dos, y tres veces, y mas cuantas pudiesen, protestándoles que todas las muertes y quemas y daños que en la tierra se hiciesen fuesen á su cargo y cuenta de ellos; y cuando no quisiesen venir á dar la obediencia, que les hiciese la guerra como contra enemigos, y amparando y defendiendo á los indios amigos que estaban en la tierra.

Dende á pocos días que los religiosos y clérigos y los demás dieron su parecer, el mismo capitán Gonzalo de Mendoza tornó á escribir otra carta al Gobernador; en la cual le hacia saber cómo los indios Guacani y Atabare, principales, hacían cruel guerra á los indios amigos, corriéndoles la tierra, matándolos y robándolos, hasta llegar al puerto donde estaban los cristianos que habían venido defeñiendo los bastimentos; y que los indios amigos estaban muy fatigados, pidiendo cada día socorro á Gonzalo de Mendoza, y diciéndole que si brevemente no los socorria, todos los indios se alzarían, por excusar la guerra y daños que tan cruel guerra les hacia de continuo.

## CAPITULO XLI.

De cómo el Gobernador socorrió á los que estaban con Gonzalo de Mendoza.

Vista esta segunda carta, y las demás querellas que daban los naturales, el Gobernador tornó á comunicar con los religiosos, clérigos y oficiales, y con su parecer mandó que fuese el capitán Domingo de Irala á favorecer los indios amigos, y á poner en paz la guerra que se había comenzado, favoreciendo los naturales que recibían daño de los enemigos; y para ello envió cuatro bergantines, con ciento y cincuenta hombres, demás de los que tenía el capitán Gonzalo de Mendoza allí; y mandó que Domingo de Irala con la gente, que fuesen derechos á los lugares y puertos de Guacani y Atabare, y les requiriese de parte de su majestad que dejasen la guerra y se apartasen de hacerla, y volviesen y diesen la obediencia á su majestad; que fuesen amigos de los españoles; y que cuando siendo así requeridos y amonestados una, y dos, y tres veces, y cuantas debiesen y pudiesen, con el menor daño que pudiesen les hiciesen guerra, excusando muertes y robos

y otros males, y los constriñesen apretándoles para que dejasen la guerra y tornasen á la paz y amistad que antes solían tener, y lo procurase por todas las vias que pudiese.

## CAPITULO XLII.

De cómo en la guerra murieron cuatro cristianos que hirieron.

Partido Domingo de Irala y llegado en la tierra y lugares de los indios, envió á requerir y amonestar á Atabare y á Guacani, indios principales de la guerra, y con ellos estaba gran copia de gente esperando la guerra; y como las lenguas llegaron á requerirles, no los habían querido oír, antes enviaron á desafiar á los indios amigos, y les robaban y les hacían muy grandes daños, que defendiéndoles y apartándoles habían habido con ellos muchas escaramuzas, de las cuales habían salido heridos algunos cristianos, los cuales envió para que fuesen curados en la ciudad de la Ascension, y cuatro ó cinco murieron de los que vinieron heridos, por culpa suya y por excesos que hicieron, porque las heridas eran muy pequeñas y no eran de muerte ni de peligro; porque el uno de ellos, de solo un rasguño que le hicieron con una flecha en la nariz en soslayo, murió, porque las flechas traían yerba; y cuando los que son heridos de ella no se guardan mucho de tener excesos con mujeres, porque en lo demás no hay de qué temer la yerba de aquella tierra. El Gobernador tornó á escribir á Domingo de Irala, mandándole que por todas las vias y formas que él pudiese trabajase por hacer paz y amistad con los indios enemigos, porque así convenia al servicio de su majestad; porque entre tanto que la tierra estuviese en guerra, no podían dejar de haber alborotos y escándalos y muertes y robos y desasosiegos en ella, de los cuales Dios y su majestad serían deservidos; y con esto que le envió á mandar, le envió muchos rescates para que diese y repartiese entre los indios que habían servido, y con los demás que le pareciese que podrían asentar y perpetuar la paz; y estando las cosas en este estado, Domingo de Irala procuró de hacer las paces; y como ellos estuviesen muy fatigados y trabajados de la guerra tan brava como los cristianos les habían hecho y hacían, deseaban tener ya paz con ellos; y con las muchas dádivas que el Capitán General les envió, con muchos ofrescimientos nuevos que de su parte se les hizo, vinieron á asentar la paz y dieron de nuevo la obediencia á su majestad, y se conformaron con todos los indios de la tierra; y los indios principales Guacani y Atabare, y otros muchos juntamente en amistad y servicio de su majestad, fueron ante el Gobernador á confirmar las paces, y él dijo á los de la parte de Guacani y Atabare que en se apartar de la guerra habían hecho lo que debían, y que en nombre de su majestad les perdonaba el desacato y desobediencia pasada, y que si otra vez lo hiciesen que serían castigados con todo rigor, sin tener de ellos ninguna piedad; y tras de esto, les dió rescates, y se fueron muy alegres y contentos. Y viendo que aquella tierra y naturales de ella estaban en paz y concordia, mandó poner gran diligencia en traer los bastimentos y las otras cosas necesarias para fornecer y cargar los navios que habían de ir á la entrada y des-

cubrimiento de la tierra por el puerto de los Reyes, por do estaba concertado y determinado que se prosiguiese; en pocos dias le trujeron los indios naturales mas de tres mil quintales de harina de mandioca y maíz, y con ellos acabó de cargar todos los navios de bastimentos, los cuales les pagó mucho á su voluntad y contento, y proveyó de armas á los españoles que no las tenían, y de las otras cosas necesarias que eran menester.

## CAPITULO XLIII.

De cómo los frailes se iban huidos.

Estando á punto apercebidos y aparejados los bergantines, y cargados los bastimentos y las otras cosas que convenian para la entrada y descubrimiento de la tierra, como estaba concertado, y los oficiales de su majestad y religiosos y clérigos lo habian dado por pa-rescer, callada y encubiertamente inducieron y levantaron al comisario fray Bernaldo de Armenta y fray Alonso Lebron, su compañero, de la órden de san Francisco, que se fuesen por el camino que el Gobernador descubrió, dende la costa del Brasil por entre los lugares de los indios, y que se volviesen á la costa, y llevasen ciertas cartas para su majestad, dándole á entender por ellas que el Gobernador usaba mal de la gobernacion que su majestad le habia hecho merced, movidos con mal celo por el odio y enemistad que le tenían, por impedir y estorbar la entrada y descubrimiento de la tierra que iba á descubrir (como dicho tengo); lo cual hacian porque el Gobernador no sirviese á su majestad ni diese ser ni descubriese aquella tierra; y la causa de esto habia sido porque cuando el Gobernador llegó á la tierra la halló pobre, y desarmados los cristianos, y rotos los que en ella servian á su majestad; y los que en ella residian se le querellaron de los agravios y malos tratamientos que los oficiales de su majestad les hacian, y que por su propio interese particular habian echado un tributo y nueva impuscion muy contra justicia y contra lo que se usa en España y en Indias, á la cual impuscion pusieron nombre de quinto, de lo cual está hecha memoria en esta relacion, y por esto querian impedir la entrada, y el secreto de esto de que se querian ir los frailes, andaba el uno de ellos con un Crucifijo debajo del manto, y hacian que pusiesen la mano en el Crucifijo y jurasen de guardar el secreto de su ida de la tierra para el Brasil; y como esto supieron los indios principales de la tierra, parecieron ante el Gobernador, y le pidieron que les mandase dar sus hijas, las cuales ellos habian dado á los dichos frailes para que se las industriasen en la doctrina cristiana; y que entonces habian oído decir que los frailes se querian ir á la costa del Brasil, y que les llevaban por fuerza sus hijas, y que antes que llegasen allá se solian morir todos los que allá iban; y porque las indias no querian ir y huian, que los frailes las tenían muy sujetas y aprisionadas. Cuando el Gobernador vino á saber esto, ya los frailes eran idos, y envió tras de ellos y los alcanzaron dos leguas de allí, y los hizo volver al pueblo. Las mozas que llevaban eran treinta y cinco; y ansimismo envió tras de otros cristianos que los frailes habian levantado, y los alcanzaron y truje-

ron, y esto causó grande alboroto y escándalo, así entre los españoles como en toda la tierra de los indios, y por ello los principales de toda la tierra dieron grandes querellas por llevarles sus hijas; y así, llevaron al Gobernador un indio de la costa del Brasil, que se llamaba Domingo, muy importante al servicio de su majestad en aquella tierra; y habida informacion contra los frailes y oficiales, mandó prender á los oficiales, y mandó proceder contra ellos por el delito que contra su majestad habian cometido; y por no detenerse el Gobernador con ellos, cometió la causa á un juez para que conociese de sus culpas y cargos, y sobre fianzas llevó los dos de ellos consigo, dejando los otros presos en la ciudad, y suspendidos los oficios, hasta tanto que su majestad proveyese en ello lo que mas fuese servido.

## CAPITULO XLIV.

De cómo el Gobernador llevó á la entrada cuatrocientos hombres.

A esta sazón ya todas las cosas necesarias para seguir la entrada y descubrimiento estaban aparejadas y puestas á punto, y los diez bergantines cargados de bastimentos y otras municiones; por lo cual el Gobernador mandó señalar y escoger cuatrocientos hombres arcabuceros y ballesteros, para que fuesen en el viaje, y la mitad de ellos se embarcaron en los bergantines, y los otros, con doce de caballo, fueron por tierra cerca del rio, hasta que fuesen en el puerto que dicen de Guaviaño, yendo siempre la gente por los pueblos y lugares de los indios guaranies, nuestros amigos, porque por allí era mejor; embarcaron los caballos, y porque no se detuviesen en los navios esperándolos, los mandó partir ocho dias antes, porque fuesen manteniéndose por tierra y no gastasen tanto mantenimiento por el rio, y fué con ellos el factor Pedro Dorantes y el contador Felipe de Cáceres; y dende á ocho dias adelante el Gobernador se embarcó, después de haber dejado por su lugarteniente de capitan general á Juan de Salazar de Espinosa, para que en nombre de su majestad sustentase y gobernase en paz y en justicia aquella tierra, y quedando en ella docientos y tantos hombres de guerra, arcabuceros y ballesteros, y todo lo necesario que era menester para la guarda de ella, y seis de caballo entre ellos; y dia de Nuestra Señora de Septiembre dejó hecha la iglesia, muy buena, que el gobernador trabajó con su persona en ella siempre, que se habia quemado. Partió del puerto con los diez bergantines y ciento y veinte canoas, y llevaban mil y docientos indios en ellas, todos hombres de guerra, que parecian extrañamente bien verlos ir navegando en ellas, con tanta municion de arcsos y flechas; iban muy pintados, con muchos penachos y plumería, con muchas planchas de metal en la frente, muy lucias, que cuando les daba el sol resplandecian mucho, y dicen ellos que las traen porque aquel resplandor quita la vista á sus enemigos, y van con la mayor grita y placer del mundo; y cuando el Gobernador partió de la ciudad, dejó mandado al capitan Salazar que con la mayor diligencia que pudiese, hiciese dar prisa, y que se acabase de hacer la carabela que él mandó hacer porque estuviere hecha para cuando volviese de la entrada, y pudiese dar con ella aviso á su majestad de la entrada y de todo lo suscedido

en la tierra, y para ello dejó todo recaudo muy cumplidamente, y con buen tiempo llegó al puerto de Capua, á do vinieron los principales á recibir al Gobernador, y él les dijo cómo iba en descubrimiento de la tierra; por lo cual les rogaba, y de parte de su majestad les mandaba, que por su parte estuviesen siempre en paz, y así lo procurasen siempre estar con toda concordia y amistad, como siempre lo habian estado; y haciéndolo así, el Gobernador les prometia de les hacer siempre buenos tratamientos y les aprovechar, como siempre lo habia hecho; y luego les dió y repartió á ellos y á sus hijos y parientes muchos rescates de lo que llevaba, graciosamente, sin ningun interese; y así, quedaron contentos y alegres.

## CAPITULO XLV.

De cómo el Gobernador dejó de los bastimentos que llevaba.

En este puerto de Capua, porque iban muy cargados de bastimentos los navios, tanto, que no lo podian sufrir, por asegurar la carga, dejó allí mas de docientos quintales de bastimentos; y acabados de dejar, se hicieron á la vela, y fueron navegando prósperamente hasta que llegaron á un puerto que los indios llaman Inriquizaba, y llegó á él á un hora de la noche; y por hablar á los indios naturales de él estuvieron hasta tercero dia, en el cual tiempo le vinieron á ver muchos indios cargados de bastimentos, que dieron así entre los españoles que allí iban como entre los indios guaranies que llevaba en su compañía; y el Gobernador los recibió á todos con buenas palabras, porque siempre fueron estos amigos de los cristianos y guardaron amistad; y á los principales y á los demás que trujeron bastimentos les dió rescates, y les dijo cómo iba á hacer el descubrimiento de la tierra, lo cual era bien y provecho de todos ellos, y que entre tanto que el Gobernador tornaba, les rogaba siempre tuviesen paz, y guardasen paz á los españoles que quedaban en la ciudad de la Ascension, y así se lo prometieron de lo hacer; y dejándolos muy contentos y alegres, navegaron con buen tiempo rio arriba.

## CAPITULO XLVI.

Cómo paró por hablar á los naturales de la tierra de aquel puerto.

A 12 dias del mes llegó á otro puerto que se dice Itaqui, en el cual hizo surgir y parar los bergantines, por hablar á los naturales del puerto, que son guaranies y vasallos de su majestad; y el mismo dia vinieron al puerto gran número de indios cargados de bastimentos para la gente, y con ellos sus principales, á los cuales el Gobernador dió cuenta, como á los pasados, cómo iba á hacer el descubrimiento de la tierra; y que en el entre tanto que volvía, les rogaba y mandaba que tuviesen mucha paz y concordia con los cristianos españoles que quedaban en la ciudad de la Ascension; y demás de pagarles los bastimentos que habian traído, dió y repartió entre los mas principales y los demás sus parientes, muchos rescates graciosos, de lo cual ellos quedaron muy contentos y bien pagados; estuvo con ellos aquí dos dias, y el mismo dia se partió, y llegó otro dia á otro puerto que llaman Itaqui, y pasó por él, y fué á surgir al puerto que dicen de Guacani, que es

el que se habia levantado con Atabare para hacernos la guerra que he dicho; los cuales vivian en paz y concordia; y luego como supieron que estaba allí, vinieron á ver al Gobernador, con muchos indios, otros de su liga y parcialidad; los cuales el Gobernador recibió con mucho amor, porque cumplan las paces que habian hecho, y toda la gente que con ellos venia, venian alegres y seguros, porque estos dos, estando en nuestra paz y amistad, con tenerlos á ellos solos, toda la tierra estaba segura y quedaba pacífica; y otro dia que vinieron les mostró mucho amor y les dió muchos rescates graciosos, y lo mismo hizo con sus parientes y amigos, demás de pagar los bastimentos á todos aquellos que los trujeron; de manera que ellos quedaron contentos; y como ellos son la cabeza principal de los naturales de aquella tierra, el Gobernador les habló lo mas amorosamente que pudo, y les encomendó y rogó que se acordasen de tener en paz y concordia toda aquella tierra, y tuviesen cuidado de servir y visitar á los españoles cristianos que quedaban en la ciudad de la Ascension, y siempre obedeciesen los mandamientos que mandasen de nombre de su majestad; á lo cual respondieron que después que ellos habian hecho la paz y tornado á dar la obediencia á su majestad, estaban determinados de lo guardar y hacer así, como él lo veria; y para que mas se creyese de ellos, que el Atabare queria ir con él, como hombre mas usado en la guerra, y que el Guacani convenia que quedase en la tierra en guarda de ella, para que siempre estuviesen en paz y concordia; y al Gobernador le pareció bien, y tuvo en mucho su ofrescimiento, porque le pareció que era buena partida para que cumplieran lo que ofrescian, y la tierra quedaba muy pacífica y segura con ir Atabare en su compañía, y él se lo agradeció mucho, y aceptó su ida, y le dió mas rescates que á otro ninguno de los principales de aquel rio; y es cierto que teniendo á este contento, toda la tierra quedaria en paz, y no se osaria levantar ninguno, de miedo de él; y encomendó á Guacani mucho los cristianos, y él lo prometió de lo hacer y cumplir como se lo prometia; y así, estuvo allí cuatro dias hablándolos, contentándolos y dándoles de lo que llevaba; con que los dejó muy contentos. Estándose despachando en este puerto, se le murió el caballo al factor Pedro Dorantes, y dijo al Gobernador que no se hallaba en disposicion para seguir el descubrimiento y conquista de la dicha provincia sin caballo; por tanto, que él se queria volver á la ciudad de la Ascension, y que en su lugar dejaba y nombraba, para que sirviese en el oficio de factor, á su hijo Pedro Dorantes, el cual por el Gobernador y por el contador, que iba en su compañía, fué recibido y admitido al oficio de factor, para que se hallase en el descubrimiento y conquista en lugar de su padre; y así, se partió en su compañía el dicho Atabare (indio principal) con hasta treinta indios parientes y criados suyos, en tres canoas. El Gobernador se hizo á la vela del puerto de Guacani, fué navegando por el rio del Paraguay arriba, y viérnes 24 dias del mes de septiembre llegó al puerto que dicen de Ipananie, en el cual mandó surgir y parar los bergantines, así para hablar á los indios naturales de esta tierra, que son vasallos de su majestad,

como porque le informaron que entre los indios del puerto estaba uno de la generacion de los guaranies, que habia estado captivo mucho tiempo en poder de los indios payaguaes, y sabia su lengua, y sabia su tierra y asiento donde tenian sus pueblos, y por lo traer consigo para hablar con los indios payaguaes (que fueron los que mataron á Juan de Ayolas y cristianos), y por via de paz haber de ellos el oro y plata que le tomaron y robaron; y como llegó al puerto, luego salieron los naturales de él con mucho placer, cargados de muchos bastimentos, y el Gobernador los recibió y hizo buenos tratamientos, y les mandó pagar todo lo que trujeron, y á los indios principales les dió graciosamente muchos rescates; y habiendo hablado y platicado con ellos, les dijo la necesidad que tenia del indio que habia sido captivo de los indios payaguaes, para lo llevar por lengua y intérprete de los indios, para los atraer á paz y concordia, y para que encaminase el armada donde tenian asentados sus pueblos; los cuales indios luego enviaron por la tierra adentro á ciertos lugares de indios á llamar el indio con gran diligencia.

## CAPITULO XLVII.

De cómo envió por una lengua para los payaguaes.

Dende á tres dias que los naturales del puerto de Ipananie enviaron á llamar el indio, vino donde estaba el Gobernador, y se ofresció á ir en su compañía y enseñarle la tierra de los indios payaguaes; y habiendo contentado los indios del puerto, se hizo á la vela por el rio del Paraguay arriba, y llegó dentro de cuatro dias al puerto que dicen de Guayviaño, que es donde acaba la poblacion de los indios guaranies; en el cual puerto mandó surgir, para hablar á los indios naturales; los cuales vinieron, y trujeron los principales muchos bastimentos, y alegremente los recibieron, y el Gobernador les hizo buenos tratamientos, y mandó pagar sus bastimentos, y les dió á los principales graciosamente muchos rescates y otras cosas; y luego le informaron que la gente de á caballo iba por la tierra adentro y habia llegado á sus pueblos, los cuales habian sido bien recibidos, y les habian proveido de las cosas necesarias, y les habian guiado y encaminado, y iban muy adelante cerca del puerto de Itabitan, donde decian que habian de esperar el armada de los bergantines. Sabida esta nueva, luego con mucha presteza mandó dar vela, y se partió del puerto Guayviaño, y fué navegando por el rio arriba con buen viento de vela; y el propio dia á las nueve de la mañana llegó al puerto de Itabitan, donde halló haber llegado la gente de caballo todos muy buenos, y le informaron haber pasado con mucha paz y concordia por todos los pueblos de la tierra, donde á todos habian dado muchas dádivas de los rescates que les dieron para el camino.

## CAPITULO XLVIII.

De cómo en este puerto se embarcaron los caballos.

En este puerto de Itabitan estuvo dos dias, en los cuales se embarcaron los caballos y se pusieron todas las cosas del armada en la orden que convenia; y porque la tierra donde estaban y residian los indios payaguaes estaba muy cerca de allí adelante, mandó que

el indio del puerto de Ipananie, que sabia la lengua de los indios payaguaes y su tierra, se embarcase en el bergantin que iba por capitán de los otros, para haber siempre aviso de lo que se habia de hacer, y con buen viento de vela partió del puerto; y porque los indios payaguaes no hiciesen ningun daño en los indios guaranies que llevaba en su compañía, les mandó que todos fuesen juntos hechos en un cuerpo, y no se apartasen de los bergantines, y por mucha orden fuesen siguiendo el viaje, y de noche mandó surgir por la ribera del rio á toda la gente, y con buena guarda durmió en tierra, y los indios guaranies ponian sus canoas junto á los bergantines, y los españoles y los indios tomaban y ocupaban una gran legua de tierra por el rio abajo, y eran tantas las lumbres y fuegos que hacian, que era gran placer de verlos; y en todo el tiempo de la navegacion el Gobernador daba de comer así á los españoles como á los indios, y iban tan proveidos y hartos, que era gran cosa de ver, y grande la abundancia de las pesquerías y caza que mataban, que lo dejaban sobrado, y en ello habia una montería de unos puercos que andan continuo en el agua, mayores que los de España: estos tienen el hocico como y mayor que estos otros de acá de España; llámanlos de agua; de noche se mantienen en la tierra, y de dia andan siempre en el agua, y en viendo la gente dan una zabullada por el rio, y métense en lo hondo, y están mucho debajo del agua, y cuando salen encima, están un tiro de ballesta de donde se zabulleron; y no pueden andar á caza y montería de estos puercos menos que media docena de canoas con indios, las cuales como ellos se zabullen, las tres van para arriba, y las tres para abajo, y están repartidas en tercios, y en los arcos puestas sus flechas, para que en saliendo que salen encima del agua, le dan tres ó cuatro flechazos con tanta presteza, antes que se torne á meter debajo, y de esta manera los siguen, hasta que ellos salen de bajo del agua, muertos con las heridas; tienen mucha carne de comer, la cual tienen por buena los cristianos, aunque no tenian necesidad de ella; y por muchos lugares de este rio hay muchos puercos de estos; iba toda la gente en este viaje tan gorda y recia, que parecia que salian entonces de España. Los caballos iban gordos, y muchos dias los sacaban en tierra á cazar y montar con ellos, porque habia muchos venados y dantas, y otros animales, y salvajinas, y muchas nutras.

## CAPITULO XLIX.

Cómo por este puerto entró Juan de Ayolas cuando le mataron á él y á sus compañeros.

A 12 dias del mes de octubre llegó al puerto que dicen de la Candelaria, que es tierra de los indios payaguaes, y por este puerto entró con su gente el capitán Juan de Ayolas, y hizo su entrada con los españoles que llevaba, y en el mismo puerto cuando volvió de la entrada que hizo, y dejó allí que le esperase á Domingo de Irala con los bergantines que habian traído, y cuando volvió no halló á los bergantines; y estándolos esperando tardó allí mas de cuatro meses, y en este tiempo padesció muy grande hambre; y conocido por los payaguaes su gran flaqueza y falta de sus armas, se co-

menzaron á tratar con ellos familiarmente, y como amigos los dijeron que los querian llevar á sus casas para mantenerlos en ellas; y atravesándolos por unos pajonales, cada dos indios se abrazaron con un cristiano, y salieron otros muchos con garrotes, y diéronles tantos palos en las cabezas, que de esta manera mataron al capitán Juan de Ayolas y á ochenta hombres que le habian quedado, de ciento y cincuenta que traia cuando entró la tierra adentro; y la culpa de la muerte de estos tuvo el que quedó con los bergantines y gente aguardando allí; el cual desamparó el puerto y se fué el rio abajo por do quiso. Y si Juan de Ayolas los hallara adonde los dejó, él se embarcara y los otros cristianos, y los indios no los mataran; lo cual hizo el Domingo de Irala con mala intencion, y porque los indios los mataban, como los mataron, por alzarse con la tierra, como después pareció que lo hizo contra Dios y contra su rey, y hasta hoy está alzado, y ha destruido y asolado toda aquella tierra, y há doce años que la tiene tiránicamente. Aquí tomaron los pilotos el altura, y dijeron que el puerto estaba en veinte y un grados menos un tercio.

Llegados á este puerto, toda la gente de la armada estaba recogida por ver si podrian haber plática con los indios payaguaes y saber de ellos dónde tenian sus pueblos; y otro dia siguiente á las ocho de la mañana parecieron á riberas del rio hasta siete indios de los payaguaes, y mandó el Gobernador que solamente les fuesen á hablar otros tantos españoles, con la lengua que traia para ellos (que para aquel efecto era muy buena); y así, llegaron adonde estaban, cerca de ellos, que se podian hablar y entender unos á otros, y la lengua les dijo que se llegasen mas, que se pudiesen platicar, porque querian hablarles y asentar la paz con ellos, y que aquel capitán de aquella gente no era venido á otra cosa; y habiendo platicado en esto, los indios preguntaron si los cristianos que agora nuevamente venian en los bergantines, si eran de los mismos que en el tiempo pasado solian andar por la tierra; y como estaban avisados los españoles, dijeron que no eran los que en el tiempo pasado andaban por la tierra, y que nuevamente venian; y por esto que oyeron, se juntó con los cristianos uno de los payaguaes y fué luego traído ante el Gobernador, y allí con las lenguas le preguntó por cuyo mandado era venido allí, y dijo que su principal habia sabido de la venida de los españoles, y le habia enviado á él y á los otros sus compañeros á saber si era verdad que eran los que anduvieron en el tiempo pasado, y les dijese de su parte que él deseaba ser su amigo, y que todo lo que habia tomado á Juan de Ayolas y los cristianos, él lo tenia recogido y guardado para darlo al principal de los cristianos porque hiciese paz y le perdonase la muerte de Juan de Ayolas y de los otros cristianos, pues que los habian muerto en la guerra; y el Gobernador le preguntó por la lengua qué tanta cantidad de oro y plata seria la que tomaron á Juan de Ayolas y cristianos, y señaló que seria hasta sesenta y seis cargas que traian los indios chaneses, y que todo venia en planchas y en braceletes, y coronas y hachetas, y vasijas pequeñas de oro y plata, y dijo al indio por la lengua que dijese á su principal que su majestad le habia mandado

que fuese en aquella tierra á asentar la paz con ellos y con las otras gentes que la quisiesen, y que las guerras ya pasadas les fuesen perdonadas; y pues su principal queria ser amigo y restituir lo que habia tomado á los españoles, que viniese á verle y á hablarle, porque él tenia muy gran deseo de lo ver y hacer buen tratamiento, y asentarían la paz y le recibiria por vasallo de su majestad, y que dende luego viniese, que le seria hecho muy buen tratamiento, y para en señal de paz le envió muchos rescates y otras cosas para que le llevasen, y al mismo indio le dió muchos rescates y le preguntó cuándo volveria él y su principal. Este principal, aunque es pescador, y señor de esta captiva gente (porque todos son pescadores), es muy grave, y su gente le teme y le tienen en mucho; y si alguno de los suyos le enoja en algo, toma un arco y le da dos y tres flechazos, y muerto, envia á llamar su mujer (si la tiene), y dale una cuenta, y con esto le quita el enojo de la muerte. Si no tiene cuenta, dale dos plumas, y cuando este principal ha de escupir, el que mas cerca de él se halla pone las manos juntas, en que escupe. Estas borracheras y otras de esta manera tiene este principal, y en todo el rio no hay ningun indio que tenga las cosas que este tiene. La lengua de este le respondió que él y su principal serian allí otro dia de mañana, y en aquella parte le quedó esperando.

## CAPITULO L.

Cómo no tornó la lengua ni los demás que habian de tornar.

Pasó aquel dia y otros cuatro, y visto que no volvan, mandó llamar la lengua que el Gobernador llevaba de ellos, y le preguntó qué le parecia de la tardanza del indio. Y dijo que él tenia por cierto que nunca mas volveria, porque los indios payaguaes eran muy mañosos y cautelosos, y que habian dicho que su principal queria paz y queria tentar y entretener los cristianos y indios guaranies que no pasasen adelante á buscarlos en sus pueblos, y porque entre tanto que esperaban á su principal, ellos alzaban sus pueblos, mujeres y hijos; y que así, creia que se habian ido huyendo á esconder por el rio arriba á alguna parte, y que le parecia que luego habia de partir en su seguimiento, que tenia por cierto que los alcanzaria, porque iban muy embarazados y cargados; y que lo que á él le parecia, como hombre que sabe aquella tierra, que los indios payaguaes no pararian hasta la laguna de una generacion que se llama los mataraes, á los cuales mataron y destruyeron estos indios payaguaes, y se habian apoderado en su tierra, por ser muy abundosa y de grandes pesquerías; luego mandó el Gobernador alzar los bergantines con todas las canoas, y fué navegando por el rio arriba, y en las partes donde surgia parecia que por la ribera del rio iba gran rastro de la gente de los payaguaes que iban por tierra, y (segun la lengua dijo) que ellos y las mujeres y hijos iban por tierra por no caber en las canoas. A cabo de ocho dias que fueron navegando, llegó á la laguna de los mataraes, y entró por ella sin hallar allí los indios, y entró con la mitad de la gente por tierra para los buscar y tratar con ellos las paces; y otro dia siguiente, visto que no parecian, y por no gastar mas bastimentos en balde, mandó recoger todos los cristia-